

Por **MARGA BRETOS**

**H**ace unos años los caldereros, escoberos, estañadores, hojalateros o paragüeros solían ser los oficios más comunes en las zonas rurales. Algunas personas solo ejercían una modalidad pero otros sabían hacer de todo, desde remendar viejas ollas, calderas de cobre y escobas de palma hasta los paragüeros que dicen que tenían mucho trabajo.

En realidad, eran auténticos expertos de su labor y eran capaces de arreglar casi cualquier objeto, un trabajo artesanal que con los años se ha extinguido pasando al usar y tirar, tan habitual en estos tiempos.

Con la ayuda de Manuel Antonio Corvino, colaborador de la revista Quio de Sariñena, localizamos a José Antonio López Moya, el último estañador de Sariñena.

Original de un pueblecito de la comarca de Calatayud llamado Olvés, llegó a Sariñena hace unos cincuenta años. “Antes, toda la familia nos fuimos a vivir a Illueca”, explica López Moya que aprendió el oficio de su familia. “Tanto mi padre como mi madre conocían a la perfección este oficio y ellos me enseñaron. Cuando tocaba, generalmente con el buen tiempo, cogían el carro y a sus 8 hijos y se lanzaban camino adelante por los pueblos buscando a los posibles clientes, que entonces eran muchos debido a las condiciones económicas y sociales de la época. Vivíamos duramente tres o cuatro meses al año”, explica comentando cómo se las arreglaban. “Unos dormían dentro y otros debajo, la comida la hacíamos al lado del carro y el agua la cogíamos del río que pasara más cerca”. A los niños les mandaban a ganarse algo por el pueblo que visitaban. “Recuerdo que en un pueblo me gané una peseta paseando varias horas alrededor de un campo haciendo sonar un truco (esquilla) para espantar los pájaros para que no se comieran el ordio”.

Nuestro protagonista se independizó muy joven. “Compré un carro y una caballería y me fui a trabajar en lo que sabía, o sea, de estañador. Me recorría provincias como Guadalajara, Soria, Navarra, Zaragoza, Huesca o Teruel. En una ocasión tardé dos años en volver a casa. Mi carro era mi hogar, en él comía y dormía”, rememora López de su vida antes de llegar a Sariñena. “En uno de mis viajes por esta comarca decidí quedarme porque me gustó el pueblo. Cambié el carro por un furgón y seguí dedicándome a lo mío, pero sin alejarme demasiado, o sea, por la parte sur de la provincia”.

Como estañador, recuerda que hacían muchas cosas, “to-

# José Antonio López, el último estañador de Sariñena

El aragonés dice que sus padres le enseñaron el oficio, que tuvo que dejar en los años ochenta por las ovejas.



José Antonio López Moya, en la actualidad.

“Recorría varias provincias españolas gracias a mi oficio y en una ocasión tardé dos años en volver a casa. Mi carro era mi hogar, en él comía y dormía”



El aragonés, cuando ejercía su oficio de estañador hace ya varias décadas.

das muy sencillas, pero muy prácticas, y con unas herramientas rudimentarias como las tijeras para cortar la hojalata, el Palo de Vuelta que tenía un agujero en la parte superior y que servía para introducir y sujetar la herramienta que estábamos utilizando, la Uña era una barra de hierro terminada en forma de uña con la que se hacían los bordes de los pucheros, las Tranchas eran herramientas de hierro que servían para hacer los remaches de cobre, luego se sacaban y se ponían en los calderos, un compás para marcar el camino que debías seguir, una barra de hierro, un taladro para agujerear, el soldador que era una delgada barra de hierro terminada en una especie de martillo, un gato para atirantar los somieres, grapas para las tinajas y algunas más”. Para estañar calentaban el antiguo soldador en una pequeña estufa de carbón. “Cuando estaba a una temperatura adecuada, lo colocábamos encima del agujero y derretía el estaño, luego añadía sulfuro para que agarrara mejor el estaño y cuando se enfriaba lo lijaba hasta que quedaba fino”.

Además de estañar, hacía fondos de pucheros, de pozales, reparaba calderos de cobre para las matacías, ponía grapas en las tinajas... “También arreglaba varillas de paraguas o cambiaba la tela, canaleras para los tejados, arreglaba sillas y camas y más cosas que ahora no recuerdo, pero vamos, arreglaba de todo. También fabricaba algunos objetos, sobre todo de hojalata”, explica el estañador que, cuando se le pregunta por el coste de estos arreglos, se ríe. “Cuando mis padres podemos hablar de perricas y perragordas, no me acuerdo exactamente cuánto, pero de mi época puedo decirte que de arreglar un puchero cobraba dos reales, en cosas más complicadas podía cobrar tres, cuatro pesetas o incluso un duro”, precio que casi es imposible traducir a euros.

En 1980 llegó la hora del cambio y se dedicó a las ovejas. “No lo debí de hacer mal porque tengo cinco premios conseguidos en la feria de Femoga y en 1990 recibí el primer premio al mejor lote de corderas”.

Con el paso del tiempo, la mejora de la vida en general y el avance de las tecnologías, el oficio de estañador ha quedado enterrado en el baúl de los recuerdos, aunque aún hoy muchos lo recuerdan con cariño por haber visto a López Moya o conocidos desarrollar estas labores.

El estañador sariñenense se despide con el grito que como tarjeta de visita entonaba en aquellos años, “¡El estañador y paragüero, se arreglan sartenes, calderos, sillas, pucheros...! ●